

¿Dónde estuvo Dios el día 11 de septiembre de 2001?

Martín Bleby

Ya han pasado unas semanas desde el ataque contra el World Trade Centre en Nuevo York – el martes 11 de septiembre de 2001.

Después del choque inicial, los eventos están empezando a tomar su lugar en nuestro recuerdo histórico de tales desastres. Las cosas que siguen como consecuencia de ese – los asaltos del presidente Bush en su guerra contra el terrorismo – están siguiendo su camino con un sonido extrañamente conocido: más daño “colateral”. Sin embargo, era un evento extremadamente significativo en nuestra historia contemporánea. Nos ha advertido de una situación cambiada en el mundo. Ninguno de nosotros sabe hacia donde va la cosa. Ahora que estamos un poco más alejados del evento, es un buen momento para reflexionar sobre él.

¿Dónde estuvo Dios el día 11 de septiembre de 2001?

Ya he escuchado varias respuestas a esta pregunta:

Dios está presente en los que sufren.

Una de las respuestas apareció en el Internet un par de días después del ataque. Dice más o menos que Dios estaba presente en el vagabundo quien andaba por Wall Street, o en la secretaria del piso 104 cuando las torres se colapsaron. Es decir, Dios estuvo en las víctimas quienes sufrieron y murieron; totalmente presente dentro de su sufrimiento y identificado con ellos en amor.

En nuestros tiempos son palabras atractivas. Podríamos querer decir más que eso. Pero, primero escuchemos lo que está diciendo. ¿Es legítimo decir que Dios estuvo presente en las víctimas del desastre, por su identificación en amor sufriente?

En Isaías 63:9 leemos de la relación de Dios con su pueblo:

En toda angustia de ellos, él fue angustiado.

Otra lectura es: “En toda su aflicción él no afligió” pero entiendo que la primera es la mejor traducción: En su amor, Dios se identificó con la miseria y la angustia de su pueblo, y él llevó algo de su dolor junto con ellos. ¿No encontramos la misma cosa en el ministerio de Jesús? Mateo 8:17 a hablar de la acción de Jesús a sanar y echar fuera a demonios, cita Isaías 53: 4:

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores.

Jesús dijo: “Yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”. La Biblia nos dice que fue supremamente en la cruz que:

Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2:24)

uno murió por todos ... Dios ...al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado. (2 Corintios 5: 14, 20-21)

Si ese no nos muestra identificación total en su amor sufriente no sé que podría hacerlo. Algunas personas enfatizan solamente este aspecto, quizás como una manera de tener a Dios tal como nos gustaría tenerlo: simplemente como una presencia compasiva y preocupada en los tiempos difíciles. Sin embargo, sería una mala lectura de los textos mencionados si entendiéramos que el ministerio de Dios a los víctimas del desastre es meramente una identificación amorosa con nuestro sufrimiento, debilidad e impotencia. Cada uno de estos textos habla de Dios siendo involucrado en una acción salvífica. Jesús llevó nuestras enfermedades y dolores en la acción de sanarlas. Llevó nuestros pecados para quitarlos de nosotros (Jn 1: 29) y, por tanto, “vivimos para la justicia”, hasta para que “seamos justicia de Dios en él”. Isaías 63: 8,9:

Fue su salvador. En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó; en su amor y su clemencia los redimió, los trajo y los levantó.

Y después dice:

Tú, Jehová, eres nuestro padre. Redentor nuestro es tu nombre desde la eternidad. (v. 16)

El Redentor es alguien quien en realidad salva: no es solamente alguien quien se pone al lado de nuestra miseria para confortarnos. P. T Forsyth, hace casi cien años, nos advirtió contra “un entendimiento de Dios que lo ve primordialmente como la consumación divina de todo nuestra piedad y cariño hacia la mala fortuna, la confusión, la tristeza y el pecado del hombre.” Siguió diciendo, “una simpatía sin socorro se mofa de nosotros agrandando nuestra sensible impotencia”. Por tanto, a decir simplemente que Dios estuvo presente en las víctimas del 11 de septiembre, y dejarlo ahí, no es suficiente. Incluso, podría ser una manera de evitar tener contacto cara a cara con Dios, para no ver lo que en realidad él estuvo haciendo en los eventos. Al activamente dejar fuera a Dios de cualquier cosa que es difícil o adversa para nosotros, efectivamente cortamos a Dios de por lo menos la mitad de lo que ocurre en el universo.

Dios lo permitió.

Una segunda respuesta a la pregunta de dónde estuvo Dios en el 11 de septiembre es que Dios estuvo ahí, observando y que él permitió que ocurriera. Generalmente, esto es algo que dicen las personas que creen en Dios y quienes quisieran insistir en que Dios controla todas las cosas, pero que no quisieran atribuir a Dios eventos que parecen calamitosos o malvados. Nos preocupa mantener “limpia” a la imagen de Dios. Así podemos hacer una presentación positiva y atractiva de Dios a los no creyentes, y - ¿para qué no decirlo? - a nosotros mismos. Por tanto, afirmamos que Dios no estuvo directamente involucrado en los hechos. En ninguna manera podríamos tener a Dios responsable por acontecimientos tan terribles, porque decimos que Dios es amor. Entonces decimos que en su control soberano sobre todas las cosas, Dios permitió que ocurriera.

Ciertamente eso es constante con algunas cosas que encontramos en las Escrituras. En el libro de Job, Satanás tuvo que pedir permiso a Dios antes de poder deshacer a Job de sus posesiones y de sus hijos y una vez más, antes de poder infligirle con heridas horribles (vea Job 1-2). Por tanto,

podríamos decir que era Satanás quien hizo esas cosas terribles y no Dios. Sin embargo, si Dios da el permiso, Dios tiene también la responsabilidad final. Y en lo que concierne a Job, Satanás ni aparece en su pensar. Él va directamente a la más alta autoridad:

Jehová dio y Jehová quitó..... ¿Recibiremos de Dios el bien y el mal no recibiremos?

- se afirma que tanto el bien como el mal vienen de Dios (Job 1:21-22; 2.10). Fíjese que estas afirmaciones sobre la responsabilidad de Dios no muevan la fe de Job. Es su fe en Dios que le hace posible decir estas cosas.

Para los que no comparten la paciencia y la fe de Job, la idea que Dios “permite” calamidades de ese tipo no tiene ningún valor – excepto para hacerlos enojados contra Dios. Alguien me contó de un par de Testigos de Jehová quienes visitaron a una mujer un poco después del 11 de septiembre y a aludir a estos eventos la contó que las cosas iban a empeorarse antes de mejorarse. “Sí,” contestó la mujer, “y ¿qué pasa si la Biblia está equivocada?” Ellos respondieron, “¡Dios va a traer una nueva y maravillosa edad!” “Debe apurarse entonces,” respondió bruscamente y cerró la puerta. La persona quien me contó este relato claramente respaldó el pensar de la mujer. Dios está en el banquillo del acusado. Si Dios es responsable por el lío en lo cual el mundo se encuentra, algo debería hacer al respecto y ¡pronto!

La maldad de la humanidad.

Por supuesto hay los quienes dicen: “¿Para qué meter a Dios en el asunto? Sin duda, los eventos del 11 eran simplemente otra instancia de la maldad de la humanidad.” Y eso es verdad. La imposición injusta de sufrimiento y muerte sobre personas inocentes es claramente condenada en las Escrituras como una instancia de la corrupción y el pecado de los seres humanos y es algo por lo cual somos responsables y tenemos que dar cuenta.

Pero, ¿hasta qué punto podemos ver eso y enfrentarlo? Somos capaces de ser muy selectivos. El Presidente Bush, en el día del ataque dijo algo como: “Hoy hemos visto la maldad del corazón humano”. Sí, dije. Pero continuó: “Y nosotros, los americanos, la enfrentaremos y la venceremos”. Es decir, se trata de la maldad del corazón del terrorista, no del corazón americano. En ninguna manera podía George Bush decir que nuestros corazones no son mejores que los de los terroristas. ¿Quién voluntariamente quisiera admitir eso?

A dejar a Dios afuera de la acción y enfocarnos solamente en la agencia humana en las cosas, lleva consigo la presunción que, si fuéramos dejados solos, seríamos capaces de corregir las cosas. No quisiéramos admitir cualquiera cosa que podría poner las cosas afuera de nuestras manos. Queremos creer que todavía estamos en control de las cosas y aún podríamos hacer algo para arreglar la situación. De nuevo estamos muy dispuestos a menospreciar las profundidades a las cuales el corazón humano puede caer y nuestra incapacidad de sacarnos de ahí. Sin embargo, cada intento que hacemos para arreglar las cosas a solas, parece hacer peor la situación y multiplicar la maldad.

Haré una obra en vuestros días. (Hab 1:5)

Entonces, ¿dónde está Dios en este acontecimiento terrible y en otros parecidos? Los dos pasajes que me han venido a la mente durante estas semanas han sido los de Habacuc 1-2 y Lucas 13. Miremos primero el de Habacuc.

Profecía que el profeta Habacuc recibió en una visión: “¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré sin que tú escuchas, y clamaré a causa de la violencia sin que tú salvas? ¿Por qué me haces ver iniquidad y haces que vea tanta maldad? Ante mí solo hay destrucción y violencia; pleito y contienda se levantan. Por eso la Ley se debilita y el juicio no se ajusta a la verdad; el impío asedia al justo, y así se tuerce la justicia. (Hab 1: 1-4)

¿De qué está hablando Habacuc en este pasaje? ¿Dónde ocurre todo esto? Refiere a lo que está ocurriendo en su propia nación, Israel. El profeta ve la maldad, la violencia y la injusticia de su propia sociedad, tal como nosotros probablemente no somos inconscientes de la corrupción, la violencia, las divisiones y las injusticias en nuestra propia sociedad. Habacuc está clamando a Dios para que escuche y salve a la nación de esta maldad. Y ¿cuál es la respuesta de Dios?

Mirad entre las naciones, ved y asombraos, porque haré una obra en vuestros días, que aún cuando se os contara, no la creeríais. Porque yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas. Formidable es y terrible; de ella misma proceden su justicia y su dignidad. Sus caballos son más ligeros que leopardos, más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán. Vienen de lejos sus jinetes, vuelan como águilas que se apresuran a devorar. Toda ella acude a la violencia; el terror va delante de ella, y recoge cautivos como arena. Se mofa de los reyes, de los príncipes hace burla; se ría de sus fortalezas, levanta terraplenes y las toma. Luego pasa como el huracán, y peca porque hace de su fuerza su dios. (v. 5 al 11)

Estas palabras llegan a Habacuc como un sismo fuerte. Porque, si creía que los israelitas eran malos, ¿qué de los caldeos – los babilonios? ¡Son los peores de los peores! ¡No tienen ningún escrúpulo! No les preocupa a quienes dañan – andan atropellando a quien sea. No parecen tener ningún límite en lo que harían. Y parece que nada puede pararlos. Es decir, son terroristas. Y Dios - ¿traerás a *ellos* para poner fin a la maldad de Israel? Y si eso es lo que vas a hacer, Dios, entonces, ¿qué harás sobre los caldeos y *su* maldad?

Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio [es decir, sin hacer algo al respecto]; ¿por qué, pues, ves a los criminales y callas cuando destruye el impío al que es más justo que él? (v.13)

¿Seguirá Dios vaciando su red y destruyendo a naciones sin misericordia? Volveremos después a la respuesta de Dios a esa pregunta. Primero, escuche bien lo que Dios está diciendo: “Yo levanto a los caldeos: Yo haré una obra en vuestros días que aún cuando se os contara, no la creeríais”. Dios no es impotente en esta situación. No está parado ahí observando los eventos, permitiendo que ocurran. Este no es solamente la maldad descontrolada y suelta del ser humano sobre la faz de la tierra – es Dios quien está activamente llevando a cabo estos acontecimientos.

La Destrucción de Jerusalén y el Exilio.

Ya estamos más allá del campo de nuestras conversaciones inteligentes de sobremesa. Dios está obrando en su creación, en y por medio de los tumultos de nuestros tiempos. Este es constante con lo que la Biblia enseña. Cuando estos eventos de los cuales Dios está hablando a Habacuc llegaron a ocurrir – cuando los babilonios llegaron y destruyeron a Jerusalén en 586 a. de C – el reportaje de la Biblia dice así:

Jehová, el Dios de sus padres, les envió constantemente avisos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su morada. Pero ellos se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo y no hubo ya remedio. Por lo cual trajo contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada a sus jóvenes en la casa de su santuario, sin perdonar joven ni virgen, anciano ni decrepito; todos los entregó en sus manos. Asimismo todos los utensilios de la casa de Dios, grandes y chicos, los tesoros de la casa de Jehová, y los tesoros de la casa del rey y de sus príncipes, todo lo llevó a Babilonia. Quemaron la casa de Dios y derribaron el muro de Jerusalén, prendieron fuego a todos sus palacios y destruyeron todos sus objetos de valor. A los que escaparon de la espada los llevó cautivos a Babilonia, donde fueron siervos de él y de sus hijos hasta que vino el reino de los persas; para que se cumpliera la palabra de Jehová, dada por boca de Jeremías, hasta que la tierra hubo gozado de reposo; porque todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos. (2 Crónicas 36: 15 al 21)

Por lo menos la mitad del Antiguo Testamento se dedica a esta crisis – antes y después - la peor en la vida de la nación de Israel. Habla de ella en gran detalle y con una profundidad como no se ve en los escritos de ninguna otra nación. Y así debe ser. Creo que nadie está calificado para hacer un pronunciamiento sobre los eventos críticos de nuestros días, especialmente en relación de lo que Dios está haciendo, si no hayan hecho primero un estudio detallado de los libros del Antiguo Testamento de Deuteronomio, Reyes, Crónicas, las profecías de Isaías, Jeremías y Ezequiel (con los cuales Nostradamus no puede competir) juntos con Obadías, Miqueas, Habacuc y Sofanías, y también Daniel y otros. Tenemos que vivir en estos libros – respirar su aire y dejar que lleguen a nuestros corazones – si quisiéramos saber lo que Dios está haciendo entre las naciones y en los eventos cruciales de la historia.

A leer esos libros encontramos que Dios está activamente involucrado no solamente en la vida de Israel, sino en todas las naciones. Asiria, Babilonia y otros iguales son responsables por su ferocidad y brutalidad y caen bajo la ira de Dios por causa de ellas. Sin embargo, eso no impide que ellas mismas sean agentes de Dios en sus juicios sobre Israel.

El Dios Único de los Antiguo y Nuevo Testamentos

Algunos dirán “Pero ¿no es solamente el Dios del Antiguo Testamento quien obra de esa manera?” Existe un entendimiento común y equivocado que Dios es Dios de ira en el Antiguo Testamento y de amor en el Nuevo. No – Él es Dios de ambos y es presente en ambos. Veamos el evento central del Nuevo Testamento: la crucifixión de Jesús. ¿Dónde estuvo Dios en ese evento? El apóstol Pedro, en el día de Pentecostés, dijo:

Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a este entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándolo. Y Dios lo levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuera retenido por ella. (Hechos 2: 22 al 24)

¿Quién crucificó a Jesús de Nazaret? Seres humanos malvados y sin ley. ¿Eran responsables por lo que hicieron y tendrán que dar cuenta por él? ¡Sin lugar a duda! Pero, ¿quién fue que se lo entregó para tratarlo así, actuando según su propio plan y anticipado conocimiento? Fue Dios. Y

¿Quién lo levantó de la muerte? Dios lo hizo. Y si no sabes ya que estaba haciendo Dios ahí y porqué lo hizo, es mejor que sigues investigando hasta que encuentras la respuesta.

Te doy una pista. A continuación cuento algo que me dijo una amiga nuestra, una mujer muy pragmática y devota: “Desde el 11 de septiembre hasta el fin de mis días, seguiré siendo maravillada por el amor de Dios – por lo que él tomó sobre sí en la cruz – la culpa, la vergüenza, el dolor de todas esas personas” – y sé que en eso habría incluido tanto los terroristas como los víctimas.

¿Cómo oraron los apóstoles y sus amigos cuando se encontraron bajo una persecución parecida? Hechos 4:

Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que por boca de David tu siervo dijiste: ‘¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo.’ Y verdaderamente se unieron en esta ciudad Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, *para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera.*” (vv. 24 al 28)

“Soberano Señor” – el Dios quien reina activamente sobre toda la creación en todas los eventos de la historia y de nuestras vidas personales – así debemos estar orando en nuestros días y en todo tiempo.

Arrepentimiento y Fe

Aceptando todo lo que he estado diciendo aquí sobre el juicio activo de Dios en los eventos de la historia, una respuesta que uno podría querer dar es el utilizar la situación como un palo para golpear la cabeza de los que pensamos que son los culpables. Entiendo que algunos predicadores en los Estados Unidos han estado haciendo eso desde el 11 de septiembre: “Ya les dijimos que EE.UU. está en muy mal estado y ahora ¡ha venido el juicio de Dios sobre todos nosotros!” – casi disfrutando de los eventos y proclamándolos como una clase de vindicación perversa. Creo que he intentado hacer eso a veces. Y tengo que decir que eso también es una salida fácil. Es otro intento de todavía mantener para nosotros mismos algo del control. Todavía evita llegar al fondo del asunto.

Entonces, ¿dónde deberíamos estar y cómo deberíamos ser ante Dios y con Dios en estos eventos grandes y terribles?

Otro pasaje que nos habla claramente en los eventos del 11 de septiembre es Lucas 13: 1 al 5:

En este mismo tiempo estaban ahí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ‘¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que los demás galileos? Os digo: no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé y los mató, ¿Pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: no, antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.

Primeramente se cita el momento en que Poncio Pilato masacró a algunos galileos mientras que cumplían con sus deberes religiosos. Aunque en el mundo occidental nos gustaría mantener una distinción entre los asuntos religiosos y políticos – una distinción que solamente ha sido posible en el último par de siglos – en el ámbito global, no es posible dejar a la religión afuera de estos

eventos. Pero es el segundo incidente en este pasaje que nos llama la atención: la “torre” que se cayó, matando a un número de personas. Jesús no hace ningún juicio sobre Pilato, ni tampoco sobre los galileos o los víctimas de la torre. Nos dice que hay un mensaje para nosotros en eso: arrepíentanse - cambiar nuestro pensar y acercar a Dios en la fe y el amor. Y debemos hacerlo antes que sea tarde.

Y este nos lleva de vuelta a Habacuc. Una vez que Habacuc ya había quedado atónito frente al anuncio de lo que Dios iba a hacer con las naciones, ¿qué le dijo Dios?

En mi puesto de guardia estaré, sobre la fortaleza afirmaré el pie. Velaré para ver lo que se me dirá y que he de responder tocante a mi queja. Jehová me respondió y dijo: ‘Escribe la visión, grábala en tablas, para que pueda leerse de corrido. Aunque la visión tarda en cumplirse, se cumplirá a su tiempo, no fallará. Aunque tarde, espérala, porque sin duda vendrá, no tardará. Aquel cuya alma no es recta se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá.’ (Ha. 2: 1 al 4)

o como se lo cita más que una vez en el Nuevo Testamento: “él que es justo por la fe, vivirá”.

Donde nosotros deberíamos estar en todos estos terribles eventos, y en lo que seguirá de ellos, es en el arrepentimiento y la fe, delante de Dios y activamente con Dios.

Quisiera terminar con un cántico: el salmo 131. Incluye las palabras: “No anduve en grandezas ni en cosas demasiado sublimes para mí.” Estas palabras también nos podrían ser otra salida fácil, si las entendiéramos mal: “Este es demasiado para mí. No quisiera saber de la situación. Voy a hacerme una persona de una fe simple y dejar todas esas cosas para los demás.” El salmo no está diciendo eso. Es una oración de humilde y muy íntima confianza en Dios. Es una fe que no quisiera evitar el punto, sino que quisiera dejar al lado cualquier reclamo del orgullo falso: el orgullo que piensa que nosotros – independientes y separados de los propósitos de Dios - podemos tener todavía algún control desinteresado sobre los eventos de nuestros tiempos.

Jehová, no se ha envanecido mi corazón
ni mis ojos se enaltecieron;
No anduve en grandezas
ni en cosas demasiado sublimes para mí.
En verdad me he comportado y he acallado mi alma
como un niño destetado de su madre.
¡Como un niño destetado está mi alma!”

© 2001 Martin Bleby, New Creation Teaching Ministry. Martín Bleby es un presbítero anglicano y director de ministerio para New Creation Teaching Ministry, con sede en Coromandel East, South Australia. Todos los recursos de New Creation pueden ser reproducidos sin permiso, siempre que no sean utilizados para ganancia económica. Este artículo en inglés (con el título “Shattered”) puede ser bajado del sitio web de New Creation, www.newcreation.org.au

